

EDUCACIÓN DESDE LA FORMACIÓN EN VALORES PARA EL DESARROLLO HUMANISTA

Durly Asceneth Verano Fuentes¹
durlyveranofu@gmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-5460-7895>
**Institución Técnica
Empresarial de Yopal**
Colombia

Reina Zoraida Verano Fuentes²
Veranor07@yahoo.es
ORCID: <https://orcid.org/0009-0009-7169-1658>
**Institución Técnica
Empresarial de Yopal**
Colombia

Luz Mery Rodríguez Ramírez³
luzmeryro2008@hotmail.com
ORCID: <https://orcid.org/0009-0005-0458-2380>
**Institución Técnica
Empresarial de Yopal**
Colombia

Recibido: 08/11/2024

Aprobado: 11/12/2024

RESUMEN

La formación en valores, a lo largo de la historia escolar, ha suscitado un amplio abanico de enfoques, que van desde perspectivas axiológicas amplias que son significativas para formar a las sociedades del momento. Ante ello, se debe destacar la actitud de los educadores frente a la formación humanista desde la perspectiva de valor, la cual, constituye un elemento clave que puede tener un impacto significativo en la manera en que se desarrolla la formación académica en Colombia. Esto implica que la educación

¹ Especialista en Ética y Pedagogía, de la Universidad Juan de Castellanos, labora en la Institución Técnica Empresarial de Yopal, docente de Básica Primaria en Colombia

² Especialista en pedagogía para el desarrollo de la inteligencia, de la Universidad de Unisangil, labora en la Institución Técnica Empresarial de Yopal, docente preescolar en Colombia

³ Magister en Gestión de la tecnología educativa, de la Universidad de Santander, labora en la Institución Educativa Técnica Agropecuaria la Inmaculada Yopal, docente preescolar en Colombia

debe adoptar una perspectiva integral para comprender y promover una visión completa de la formación axiológica de los estudiantes. En este sentido, el presente artículo tipo ensayo tiene como propósito analizar los fundamentos teóricos de la educación de los valores para el desarrollo humanista de los estudiantes. A partir de esta revisión, se ha alcanzado la reflexión de que la evaluación en este campo debe trascender el enfoque tradicional y dar cabida a una variedad de enfoques y referentes amplios. Como resultado, se pudo precisar la necesidad de asumir la educación axiológica y humanista con la importancia requerida para aproximar referentes más significativos en la formación integral del ser humano, no solo en los primeros años, sino también en la etapa de juventud.

Palabras clave: educación, valores, humanismo, formación académica.

EDUCATION FROM THE USE OF VALUES FOR HUMANIST DEVELOPMENT IN ACADEMIC TRAINING

ABSTRACT

Training in education in values, throughout school history, has given rise to a wide range of approaches, ranging from broad axiological perspectives that are significant in forming the societies of the moment. Given this, the attitude of educators towards humanistic training from the perspective of value must be highlighted, which constitutes a key element that can have a significant impact on the way in which academic training is developed in Colombia. This implies that education must adopt a comprehensive perspective to understand and promote a complete vision of the axiological formation of students. In this sense, an essay-type article has been prepared with the purpose of analyzing the theoretical foundations of education from the use of values for the humanistic development of students. From this review, the reflection has been reached that evaluation in this field must transcend the traditional approach and accommodate a variety of approaches and broad references. This way, educators will get a job in future generations. As a result, it was possible to specify the need to assume axiological and humanistic education with the required importance to approach broader references in the integral formation of the human being, not only in the early years, but also in the stage of youth.

Keywords: Education, values, humanism, academic training.

DESARROLLO

La educación es un hecho que permite comprender las realidades que vinculan la formación académica con el desarrollo del pensamiento humanista, a partir de la idea axiológica de valor. Ante lo expuesto, es necesario que en esta práctica se expliciten claramente la enseñanza, permitiendo hacerla más cónsona con la realidad de vida del estudiante, haciendo uso de un lenguaje que sea propicio, profundo y rico de sentido, contextualizando su vivencia, permitiendo estrategias adecuadas para afrontar las problemáticas desde el diálogo, lo cual la conduce a salir de la estructura del aula y entenderse dentro de un mundo de vida que circunda y rodea el aprendizaje que cada vez más reclama la necesidad de considerar la orientación humanista como un elemento que aporta un saber fundamentado en el humanismo.

El informe de la UNESCO, conocido como el Informe Delors (1998), resalta la importancia fundamental de la educación en la vida humana y su papel crucial en la supervivencia y el desarrollo de la sociedad. En su afirmación sobre la nobleza de la tarea educativa, se establece que la educación no es solo un proceso de transmisión de conocimientos, sino una labor que busca elevar el pensamiento y el espíritu del individuo hacia lo universal. Esta perspectiva invita a reflexionar sobre cómo la educación puede ser un motor de transformación personal y social.

Desde lo planteado, se destaca que la educación tiene el potencial de suscitar en cada persona una búsqueda interna que va más allá del conocimiento técnico o académico. Vista de esta forma, la educación se trata de un proceso que involucra las tradiciones y convicciones individuales, lo que significa que cada estudiante trae consigo un bagaje cultural y personal que debe ser valorado y respetado. Ahora bien, este enfoque inclusivo permite que la educación sea un espacio donde se fomente el diálogo intercultural y se promueva una comprensión más profunda entre diferentes comunidades.

Además, al referirse a "una cierta superación de sí mismo", el informe enfatiza la importancia del crecimiento personal en el contexto educativo. La educación debe ser vista como un viaje continuo hacia la auto-mejora, donde los individuos son alentados a cuestionar sus propias creencias y limitaciones. Por tal motivo, este proceso de reflexión crítica es esencial para desarrollar ciudadanos conscientes y responsables, capaces de contribuir positivamente a su entorno. En tal sentido, la idea de que "la supervivencia de la humanidad depende de ello" subraya la urgencia con la que debemos abordar los desafíos globales actuales. En un mundo cada vez más interconectado, los problemas como el cambio climático, las desigualdades sociales y los conflictos requieren soluciones colaborativas e innovadoras. La educación juega un papel clave en preparar a las futuras generaciones para enfrentar estos retos, dotándolas de las habilidades necesarias para pensar críticamente y actuar con responsabilidad. Ante ello, Pereira y Misle, (2009) plantean lo siguiente.

Siendo la escuela un reflejo de la sociedad en la que se desarrolla, podrían estar practicándose acciones que resalten lo individual sobre lo grupal; es decir, el “yo” por encima del “nosotros”; por eso la escuela debe ser mirada en su sentido amplio como institución que integra a la familia y a la comunidad en sus interrelaciones, para formar un sujeto para la convivencia en democracia (p. 26).

En el contexto expuesto, el papel del maestro en este proceso educativo es presentado no solo como transmisores de conocimiento, sino como guías y facilitadores del aprendizaje. Su labor es vital para crear un ambiente propicio donde los estudiantes puedan explorar sus intereses, desarrollar su pensamiento crítico y alcanzar su máximo potencial. Esto implica una formación continua para los docentes, quienes deben estar preparados para adaptarse a las necesidades cambiantes de sus alumnos y del mundo. Asimismo, se menciona cómo los criterios y valores inculcados a través de la educación catapultan al individuo hacia una vivencia única de superación. La educación no solo debe centrarse en aspectos académicos; también debe incluir una dimensión ética que forme ciudadanos comprometidos con su comunidad. Esto implica enseñar valores como el respeto, la solidaridad y la justicia social, fundamentales para construir sociedades más equitativas.

Ahora bien, la noción de desarrollo colectivo es otro aspecto central del informe. La educación tiene el poder no solo de transformar vidas individuales, sino también comunidades enteras. Dando paso al empoderamiento de las personas con conocimientos y habilidades relevantes, se fomenta un sentido de pertenencia y responsabilidad hacia el bienestar común. Esto es especialmente importante en

contextos donde las desigualdades son marcadas; una educación inclusiva puede ser un catalizador para el cambio social. Además, esta elevación del pensamiento humano hacia lo universal requiere un enfoque holístico en la educación. No se trata únicamente de adquirir información; es necesario cultivar habilidades emocionales e interpersonales que permitan a los individuos relacionarse efectivamente con otros. La empatía, por ejemplo, es crucial para entender diferentes perspectivas y trabajar juntos hacia objetivos comunes.

Por tal motivo, al considerar todas estas ideas expuestas por Delors (1998), queda claro que la labor educativa trasciende las aulas y se convierte en una misión vitalicia para todos los involucrados: educadores, estudiantes y comunidades. Donde, la educación es una herramienta poderosa para fomentar cambios significativos en nuestra sociedad; sin embargo, requiere compromiso continuo por parte de todos los actores involucrados para garantizar su efectividad.

De este modo, Delors (1998) presenta una visión inspiradora sobre el papel transformador de la educación en nuestras vidas. Al elevarla a un nivel vitalicio e integral, se nos recuerda que invertir en educación es invertir en nuestro futuro colectivo como humanidad. A partir de ello, la tarea educativa es noble porque busca no solo formar individuos competentes sino también seres humanos íntegros capaces de contribuir al bienestar común y enfrentar los desafíos globales con valentía e innovación. Por otra parte, emerge la educación humanista como un desafío crucial en el contexto actual, tal como lo señalan Palacios, Preckler, Petersen, Cernuzzi y Elías (2021). Este enfoque

educativo busca no solo la transmisión de conocimientos, sino también la formación integral del individuo, promoviendo valores como la empatía, la solidaridad y el respeto por la diversidad. En un mundo cada vez más complejo y cambiante, este reto se vuelve aún más relevante, ya que las sociedades enfrentan crisis que requieren una respuesta educativa que trascienda lo meramente técnico.

Ante ello, el impacto del humanismo en la educación es innegable y ha llevado a una reconfiguración de las prioridades educativas. Según Paulo, Soledad, Vuyk, Galeano y Vázquez (2021), esta transformación ha puesto a prueba la inteligencia y creatividad de las sociedades para adaptarse y superar los desafíos contemporáneos. En tal sentido, la educación humanista no solo busca preparar a los estudiantes para el mercado laboral; también pretende formar ciudadanos críticos y comprometidos con su entorno social. Este enfoque es especialmente importante en tiempos de crisis, donde las habilidades interpersonales y la capacidad de trabajar en equipo son esenciales para encontrar soluciones efectivas.

De este modo, la realidad actual ha afectado todas las dimensiones de la vida humana: socioeducativa, económica y cultural. Las comunidades vulnerables son las más impactadas por estas transformaciones. La pandemia de COVID-19, por ejemplo, ha exacerbado las desigualdades existentes en el acceso a la educación y ha dejado al descubierto las brechas digitales que afectan a muchos estudiantes. En este sentido, la educación humanista debe ser vista como una herramienta para abordar estas desigualdades y promover una mayor equidad en el acceso a oportunidades educativas.

Además, el enfoque humanista implica reconocer la importancia de contextualizar el aprendizaje. Esto significa que los educadores deben tener en cuenta las realidades específicas de sus estudiantes y adaptar sus métodos pedagógicos para responder a sus necesidades e intereses. Al hacerlo, se fomenta un ambiente educativo inclusivo donde todos los estudiantes pueden sentirse valorados y motivados para aprender. Donde, el desafío de implementar una educación humanista también radica en formar docentes que estén preparados para asumir este rol transformador. Los educadores deben ser capacitados no solo en contenidos académicos, sino también en habilidades emocionales e interpersonales que les permitan guiar a sus estudiantes en su desarrollo integral. Esto incluye fomentar un clima escolar positivo donde se promueva el diálogo abierto y el respeto mutuo. Ahora bien, Chacón (2000) plantea que:

El componente humanista así entendido. es un indicador del grado de concreción que tiene el humanismo como concepción filosófica y como posición ideológica. Que en la sociedad actual expresa los intereses de las amplias masas trabajadoras, progresistas. Por la vinculación, penetración de los valores morales en el componente humanista. el mismo es a su vez un indicador del Progreso Moral. en la medida en que la formación de valores éticos humanista (p. 494).

En tal sentido, las consecuencias de no adoptar un enfoque humanista en la educación pueden ser graves. Sin una formación adecuada que contemple aspectos éticos y sociales, los individuos pueden convertirse en profesionales competentes pero desconectados de su entorno humano. Esto puede llevar a una sociedad fragmentada donde prevalezcan valores individualistas sobre el bienestar colectivo. Por otro lado, al integrar principios humanistas en la educación se puede contribuir al desarrollo de

comunidades resilientes capaces de enfrentar adversidades. La educación humanista fomenta habilidades como el pensamiento crítico y la creatividad, esenciales para innovar ante situaciones desafiantes. Estas competencias son vitales no solo para el éxito personal sino también para el progreso social.

De este modo, tanto Palacios et al. (2021) como Paulo et al. (2021) destacan que la educación humanista representa uno de los mayores retos actuales para nuestras sociedades. Este enfoque educativo tiene el potencial de transformar vidas individuales y comunidades enteras si se implementa adecuadamente. Sin embargo, requiere un compromiso colectivo por parte de educadores, instituciones y gobiernos para garantizar que todos los individuos tengan acceso a una educación que no solo los prepare profesionalmente, sino que también les forme como seres humanos íntegros y responsables. Ante ello, destaca la urgencia de este desafío de forma clara: solo a través de una educación verdaderamente humanizada podremos construir un futuro más justo y equitativo para todos.

En tal sentido, la figura del docente es aquella que se asocia con el concepto de "buen profesor", es fundamental en el proceso educativo y tiene un impacto significativo en los aprendizajes de los estudiantes. Esta relevancia se manifiesta no solo en la transmisión de conocimientos, sino también en la creación de un ambiente propicio para el aprendizaje, donde los estudiantes se sientan valorados y motivados. La calidad de la relación entre el docente y sus alumnos puede marcar una clara distinción en el éxito académico y personal de estos últimos. En tal sentido, Abdala (2007) enfatiza que la

visión educativa del humanismo se desarrolla en el aula a través de una relación dinámica entre maestro, conocimiento y alumno. Esta triada es esencial para entender cómo se produce el aprendizaje. En este contexto, el docente no es solo un transmisor de información, sino un facilitador que guía a los estudiantes en su proceso de descubrimiento y comprensión. Este enfoque humanista promueve una enseñanza centrada en las necesidades e intereses del alumno, lo que resulta en un aprendizaje más significativo y duradero.

Por otra parte, la relación maestro-alumno debe ser entendida como un proceso colaborativo. El docente tiene la responsabilidad de crear un ambiente donde los estudiantes se sientan seguros para expresar sus ideas, hacer preguntas y cometer errores. Este tipo de entorno fomenta la curiosidad intelectual y permite a los alumnos explorar conceptos desde diferentes perspectivas. Al mismo tiempo, el docente debe estar atento a las particularidades de cada estudiante, reconociendo sus fortalezas y áreas de mejora para ofrecer un acompañamiento personalizado. Ante ello, el acompañamiento y seguimiento son elementos clave en la visión humanista de la educación. Esto implica que el docente debe estar presente no solo durante las clases, sino también fuera de ellas, brindando apoyo continuo a sus estudiantes. Este compromiso puede manifestarse a través de tutorías, retroalimentación constante o simplemente estando disponible para escuchar las inquietudes de los alumnos. De esta manera, se establece una relación basada en la confianza mutua que favorece el aprendizaje.

Además, es importante considerar cómo se asigna el grado de correspondencia a los estudiantes dentro del proceso educativo. Cada alumno tiene su propio ritmo y estilo de aprendizaje; por lo tanto, es fundamental que el docente adapte su enfoque pedagógico para atender estas diferencias. Esto puede incluir la implementación de estrategias diferenciadas que permitan a todos los estudiantes acceder al conocimiento desde sus propias realidades. Por otra parte, la labor del docente como facilitador integral del conocimiento también implica fomentar habilidades socioemocionales en sus alumnos. La educación humanista reconoce que el aprendizaje no es solo cognitivo; también involucra aspectos emocionales y sociales que son cruciales para el desarrollo integral del individuo. Por lo tanto, los docentes deben trabajar para cultivar competencias como la empatía, la resiliencia y la colaboración entre sus estudiantes. Por otra parte, Chacón (2000) plantea que:

Dentro de los planes de estudios de las universidades pedagógicas" este componente humanista está constantemente vinculado al aspecto de la ética pedagógica en la formación de una moral profesional. En correspondencia con las exigencias éticas del magisterio. Dentro de ello, el concepto ético pedagógico de Profesionalidad. Contribuye a destacar la importancia de este aspecto para el desarrollo del componente humanista en la formación de profesores (p. 495).

En este sentido, la formación continua del docente es esencial para poder llevar a cabo esta visión humanista de la educación. Los educadores deben estar dispuestos a reflexionar sobre su práctica pedagógica y buscar nuevas formas de involucrar a sus alumnos en su propio proceso educativo. Esto incluye mantenerse actualizados sobre

metodologías innovadoras y enfoques inclusivos que respondan a las necesidades cambiantes del contexto educativo. De este modo, se debe reconocer la importancia del rol del docente dentro del marco humanista implica valorar su trabajo como una vocación noble y trascendental. Los educadores tienen el poder no solo de influir en el rendimiento académico de sus estudiantes, sino también en su desarrollo personal y social. Al adoptar una postura comprometida con una educación humanizada, los docentes pueden contribuir significativamente al bienestar general de sus alumnos y al fortalecimiento del tejido social.

De este modo, la figura del buen profesor es central en cualquier propuesta educativa que aspire a ser verdaderamente transformadora. La visión humanista planteada por Abdala (2007) resalta la necesidad de establecer relaciones significativas entre maestros y alumnos basadas en el respeto mutuo y el acompañamiento constante. Solo así será posible lograr aprendizajes profundos que impacten positivamente no solo en la vida académica de los estudiantes, sino también en su desarrollo como ciudadanos responsables e íntegros dentro de una sociedad cada vez más compleja e interconectada.

Ahora bien, la visión humanista de la educación, tal como la plantea Díaz (2013), se centra en la actividad diaria de los docentes y su interacción con un currículo diseñado para formar a los estudiantes en un contexto diverso y multifacético. Esta perspectiva reconoce que el aula no es un espacio aislado, sino que está inmersa en una realidad más amplia que influye en el proceso educativo. Así, la práctica pedagógica se convierte

en un reflejo de las dinámicas sociales, culturales y económicas que rodean a los estudiantes. En tal sentido, el enfoque humanista enfatiza la importancia del currículo como base fundamental de la práctica educativa. Este no debe ser visto simplemente como un conjunto de contenidos a enseñar, sino como una herramienta que guía y da sentido al proceso de enseñanza-aprendizaje. Un currículo bien diseñado tiene el potencial de conectar a los estudiantes con su entorno, promoviendo aprendizajes significativos que trascienden lo académico y se integran en su vida cotidiana.

Además, la formación de los estudiantes se presenta como el propósito principal de esta práctica pedagógica. La educación humanista busca desarrollar no solo competencias académicas, sino también habilidades socioemocionales y valores éticos que preparen a los alumnos para enfrentar los desafíos del mundo actual. En este sentido, el docente juega un papel crucial al facilitar experiencias de aprendizaje que fomenten el pensamiento crítico, la creatividad y la empatía. Por tal motivo, el contexto en el que se desarrolla la educación es otro aspecto central en esta visión. Cada aula está compuesta por estudiantes con diversas realidades y antecedentes, lo que implica que el docente debe ser sensible a estas diferencias y adaptar su enfoque pedagógico en consecuencia. La educación humanista promueve una enseñanza inclusiva que valore las particularidades de cada estudiante, permitiendo así una experiencia educativa más rica y diversa.

En un sentido más amplio, Díaz (2013) también destaca cómo esta visión humanista permite descubrir el propósito o fin último de la práctica educativa: formar

individuos íntegros capaces de contribuir positivamente a su comunidad. Esto implica no solo adquirir conocimientos técnicos, sino también desarrollar una conciencia crítica sobre su entorno social y cultural. La educación se convierte así en un medio para empoderar a los estudiantes, brindándoles las herramientas necesarias para convertirse en agentes de cambio. Por tal motivo, la relación entre docente y estudiante es fundamental dentro de este marco. El buen profesor no solo transmite conocimientos; también actúa como mentor y guía, creando un ambiente donde los alumnos se sientan seguros para explorar sus ideas y cuestionar sus creencias.

Asimismo, es importante considerar cómo las prácticas pedagógicas deben estar alineadas con los principios del humanismo. Esto significa que los docentes deben reflexionar constantemente sobre su metodología y buscar formas innovadoras de involucrar a sus estudiantes en su propio proceso educativo. La formación continua del profesorado es clave para garantizar que estén equipados con las herramientas necesarias para implementar esta visión humanista. De este modo, la visión humanista planteada por Díaz (2013) ofrece un marco contemporáneo valioso para entender el papel del docente y el currículo en el proceso educativo. Al centrar la atención en la actividad diaria del maestro dentro de un contexto amplio, se subraya la importancia de formar individuos críticos e íntegros capaces de navegar por un mundo complejo. Esta perspectiva invita a repensar las prácticas educativas desde una óptica más inclusiva y contextualizada, donde cada estudiante pueda encontrar su lugar y contribuir al bienestar colectivo.

En este contexto, emerge la pedagogía en valores como un área de estudio fundamental en la educación contemporánea, ya que busca integrar la enseñanza de valores éticos y morales en el proceso educativo. Este enfoque es esencial para el desarrollo integral de los ciudadanos, ya que no solo se centra en la adquisición de conocimientos académicos, sino también en la formación de individuos responsables, empáticos y comprometidos con su comunidad. Según Bernal (2019), el desarrollo de habilidades sociales se puede abordar desde tres enfoques teóricos principales: el cognitivo-conductual, el socio-afectivo y el constructivista. Cada uno de estos enfoques aporta una perspectiva distinta sobre cómo se pueden enseñar y aprender los valores.

Enfoque Cognitivo-Conductual: Este enfoque se basa en la premisa de que los comportamientos pueden ser modificados a través del aprendizaje y la práctica. En este contexto, los valores son enseñados mediante técnicas que refuerzan conductas deseadas y desalientan las indeseadas. Se utilizan estrategias como el modelado, donde los docentes actúan como modelos a seguir, y el refuerzo positivo, que premia comportamientos alineados con los valores promovidos. Este enfoque es efectivo para establecer normas claras y expectativas dentro del aula, ayudando a los estudiantes a comprender las consecuencias de sus acciones y decisiones.

Enfoque Socio-Afectivo: Este enfoque pone énfasis en la importancia de las emociones y las relaciones interpersonales en el aprendizaje de valores. Se reconoce que las habilidades sociales no solo se desarrollan a través del conocimiento cognitivo, sino también mediante experiencias emocionales significativas. La empatía, la

comunicación efectiva y la resolución de conflictos son habilidades clave que se fomentan en este marco. Las actividades grupales, los juegos de rol y las discusiones reflexivas son algunas de las estrategias utilizadas para cultivar un ambiente donde los estudiantes puedan explorar sus emociones y aprender a relacionarse con los demás de manera positiva.

Enfoque Constructivista: Desde esta perspectiva, se considera que el aprendizaje es un proceso activo donde los estudiantes construyen su propio conocimiento a partir de experiencias previas e interacciones con su entorno. En términos de pedagogía en valores, esto implica que los estudiantes deben participar activamente en la exploración y reflexión sobre los valores que guían su comportamiento. El docente actúa como facilitador del aprendizaje, creando situaciones donde los alumnos puedan debatir sobre dilemas éticos, analizar casos reales o participar en proyectos comunitarios. Este enfoque promueve un aprendizaje significativo al permitir que los estudiantes conecten los valores con su vida cotidiana.

Cada uno de estos enfoques ofrece herramientas valiosas para integrar la enseñanza de valores en el aula. Sin embargo, es importante reconocer que no son mutuamente excluyentes; por el contrario, pueden complementarse entre sí para ofrecer una educación más holística. Por ejemplo, un docente podría utilizar técnicas del enfoque cognitivo-conductual para establecer normas claras mientras incorpora actividades del enfoque socio-afectivo para fomentar relaciones positivas entre estudiantes. Además, al considerar la diversidad del alumnado y sus contextos socioculturales, es fundamental

adaptar estos enfoques a las necesidades específicas de cada grupo. La pedagogía en valores debe ser inclusiva y respetar las diferencias individuales para ser verdaderamente efectiva.

Por otra parte, la pedagogía en valores desempeña un papel crucial en la formación integral de ciudadanos responsables y comprometidos con su entorno social. A través de los enfoques cognitivo-conductual, socio-afectivo y constructivistas propuestos por Bernal (2019), se pueden desarrollar habilidades sociales esenciales que preparen a los estudiantes para enfrentar desafíos éticos y morales en su vida diaria. Al integrar estos enfoques en la práctica educativa, se contribuye no solo al crecimiento personal de cada estudiante sino también al fortalecimiento del tejido social en su conjunto.

Ahora bien, la afirmación de que la pedagogía en valores puede ser una herramienta poderosa para el desarrollo de habilidades sociales en las instituciones de educación primaria, como señala García (2020), resalta la importancia de este enfoque educativo en un período crítico del desarrollo infantil. Durante la infancia, los niños comienzan a formar su identidad social y emocional, y es fundamental que reciban orientación adecuada para establecer relaciones saludables y constructivas con su entorno. La educación en valores se convierte así en un pilar esencial que les permite desarrollar competencias necesarias para interactuar efectivamente con sus pares, familiares y la sociedad en general.

De este modo, la educación en valores proporciona un marco ético que guía el comportamiento de los niños. Al aprender sobre conceptos como el respeto, la responsabilidad y la solidaridad, los estudiantes pueden entender mejor cómo sus acciones afectan a los demás. Este conocimiento les ayuda a tomar decisiones más informadas y a actuar de manera considerada en sus interacciones diarias. Por ejemplo, al fomentar el respeto por las diferencias individuales, se promueve un ambiente inclusivo donde todos los niños se sienten valorados y aceptados. Además, la pedagogía en valores fomenta el desarrollo de la empatía, una habilidad social crucial para establecer relaciones positivas. A través de actividades que invitan a los niños a ponerse en el lugar del otro, como juegos de rol o discusiones sobre situaciones cotidianas, se les enseña a reconocer y comprender las emociones ajenas. Esta capacidad no solo mejora las relaciones entre compañeros, sino que también fortalece los vínculos familiares al permitir que los niños comprendan mejor las perspectivas y sentimientos de sus padres y hermanos.

Otro aspecto importante es que la educación en valores contribuye a la resolución pacífica de conflictos. En el contexto escolar, es común que surjan desacuerdos entre compañeros. Al implementar estrategias basadas en el diálogo y la negociación, los docentes pueden equipar a los estudiantes con herramientas efectivas para manejar disputas sin recurrir a comportamientos agresivos o destructivos. Esto no solo mejora el clima escolar, sino que también prepara a los niños para enfrentar conflictos en otros ámbitos de su vida. En tal sentido, la pedagogía en valores también promueve

habilidades de comunicación efectiva. A medida que los niños aprenden a expresar sus pensamientos y sentimientos de manera clara y respetuosa, desarrollan una mayor confianza en sí mismos. La comunicación asertiva es fundamental para establecer relaciones sanas; por tanto, al integrar esta habilidad dentro del currículo escolar, se está preparando a los estudiantes para interactuar con éxito tanto en su vida personal como profesional futura.

Asimismo, este enfoque educativo permite abordar temas relevantes relacionados con la diversidad cultural y social. En un mundo cada vez más globalizado e interconectado, es esencial que los niños aprendan a valorar las diferencias culturales y a convivir armónicamente con personas de diversos orígenes. La educación en valores puede incluir actividades que celebren esta diversidad, promoviendo así una cultura de paz y entendimiento mutuo desde una edad temprana. Por tal motivo, la colaboración entre pares es otra habilidad social clave que se ve fortalecida mediante la pedagogía en valores. Al trabajar juntos en proyectos grupales o actividades comunitarias, los estudiantes aprenden a colaborar eficazmente hacia un objetivo común. Este tipo de experiencias no solo refuerza su sentido de pertenencia al grupo, sino que también les enseña sobre la importancia del trabajo en equipo y cómo cada individuo puede contribuir al éxito colectivo. Juárez (2015) señala que:

el ciudadano del siglo XXI está modificando sus valoraciones en relación consigo mismo y con su entorno. Lo que antes no se consideraba valioso, ahora si lo es y viceversa: hay una tendencia a rechazar todo orden establecido y a exaltar las conductas individuales sobre las sociales (p. 134)

Además, al integrar la educación en valores dentro del currículo escolar, se crea un ambiente propicio para el aprendizaje emocional. Los docentes pueden utilizar momentos cotidianos para reflexionar sobre situaciones relacionadas con valores éticos y morales. Esto no solo ayuda a consolidar lo aprendido, sino que también permite a los estudiantes aplicar estos principios en su vida diaria. Ante ello, es importante destacar que la implementación efectiva de la pedagogía en valores requiere formación continua para los educadores. Ante esta realidad, los docentes deben estar capacitados no solo para enseñar contenidos académicos sino también para guiar discusiones sobre ética y moralidad. Esto implica desarrollar habilidades propias para modelar comportamientos positivos y crear un ambiente seguro donde todos los estudiantes puedan expresarse libremente.

Por tal motivo, al considerar todas estas dimensiones, queda claro que la pedagogía en valores tiene el potencial de transformar no solo el aula sino también toda la comunidad educativa. Al formar individuos empáticos y responsables desde una edad temprana, se sientan las bases para una sociedad más justa y solidaria. Así pues, invertir tiempo y recursos en este tipo de educación es fundamental para garantizar un futuro donde las habilidades sociales sean valoradas como parte integral del desarrollo humano. De este modo, tal como sostiene García (2020), la pedagogía en valores emerge como una herramienta poderosa dentro del ámbito educativo primario. Su capacidad para influir positivamente en el desarrollo social y emocional de los niños es innegable; proporciona las bases necesarias para navegar exitosamente por las

complejidades de las interacciones humanas. Al cultivar habilidades sociales esenciales desde temprana edad mediante este enfoque educativo integral, se contribuye significativamente al bienestar individual y colectivo dentro de nuestras comunidades.

Como un aspecto representativo, se tiene la relación entre la pedagogía en valores y el desarrollo de habilidades sociales es fundamental en el proceso educativo, ya que se centra en inculcar principios éticos y morales que guían el comportamiento de los estudiantes. Según Lickona (1991), la educación en valores no solo se limita a la transmisión de conocimientos, sino que también juega un papel crucial en la formación de individuos capaces de interactuar de manera efectiva y respetuosa con los demás. Este enfoque integral permite que los estudiantes desarrollen competencias sociales esenciales que les servirán a lo largo de su vida.

Uno de los valores más importantes que se promueven a través de la pedagogía en valores es el respeto. Se enmarca en la idea de aprender sobre este valor, los estudiantes son capacitados para escuchar activamente a sus compañeros, lo cual es una habilidad social clave. Así mismo, se tiene la escucha activa implica prestar atención no solo a las palabras, sino también a las emociones y necesidades del otro, lo que facilita una comunicación más efectiva y empática. Esto es especialmente relevante en un entorno escolar donde las interacciones son constantes y diversas. Del mismo modo, se tiene el respeto también fomenta la comprensión de diferentes puntos de vista. Cuando los estudiantes aprenden a valorar las opiniones ajenas, se vuelven más abiertos y tolerantes ante la diversidad. Esta apertura mental es esencial para construir relaciones

saludables y resolver conflictos de manera pacífica. En lugar de reaccionar defensivamente ante opiniones contrarias, los estudiantes pueden aprender a dialogar y encontrar puntos en común, lo que fortalece su capacidad para trabajar en equipo.

Otro valor fundamental es la responsabilidad. Al inculcar este principio, se enseña a los estudiantes a asumir las consecuencias de sus acciones y decisiones. La responsabilidad personal no solo se refiere al cumplimiento de tareas académicas, sino también al compromiso con el bienestar del grupo. Los estudiantes responsables son más propensos a colaborar con sus compañeros y contribuir positivamente al ambiente escolar, lo que mejora las dinámicas grupales y fomenta un sentido de comunidad. De este modo, la justicia es otro valor clave que impacta directamente en las habilidades sociales. Al aprender sobre equidad y trato justo, los estudiantes desarrollan una mayor sensibilidad hacia las injusticias que pueden ocurrir en su entorno. Esto les motiva a actuar como defensores de sus compañeros y a promover un ambiente inclusivo donde todos sean tratados con dignidad. La justicia también implica reconocer y valorar las diferencias individuales, lo cual es esencial para crear un clima escolar positivo.

En el mismo orden de ideas, la bondad, como valor central en la pedagogía en valores, impulsa a los estudiantes a actuar con compasión hacia los demás. Fomentar actos de bondad no solo beneficia al receptor, sino que también fortalece el sentido de pertenencia entre los compañeros. Los niños que practican la bondad tienden a formar relaciones más sólidas y significativas, lo cual contribuye al desarrollo emocional saludable y al bienestar general del grupo. Además, la educación en valores proporciona

un marco para abordar situaciones difíciles o desafiantes que puedan surgir durante el proceso educativo. Por ejemplo, cuando un conflicto ocurre entre compañeros, los valores aprendidos pueden guiar a los estudiantes hacia una resolución constructiva. En lugar de recurrir a comportamientos agresivos o pasivos, pueden aplicar principios como el respeto y la justicia para mediar el conflicto y encontrar soluciones satisfactorias para todas las partes involucradas.

En este escenario, es importante destacar que la pedagogía en valores debe ser implementada de manera coherente y sistemática dentro del currículo escolar. No basta con mencionar estos principios; deben ser modelados por los educadores y reforzados mediante actividades prácticas que permitan a los estudiantes experimentar su aplicación en situaciones reales. Esto asegura que los valores se conviertan en parte integral del comportamiento diario del estudiante. Asimismo, involucrar a las familias en este proceso puede potenciar aún más el impacto positivo de la educación en valores sobre las habilidades sociales. Cuando padres y educadores trabajan juntos para reforzar estos principios tanto en casa como en la escuela, se crea un entorno cohesivo donde los niños pueden practicar lo aprendido sin contradicciones ni confusiones.

Por tal motivo, tal como señala Lickona (1991), la educación en valores tiene un efecto significativo sobre el desarrollo de habilidades sociales esenciales entre los estudiantes. Valores como el respeto, la responsabilidad, la justicia y la bondad son fundamentales para fomentar interacciones efectivas y respetuosas con otros. Al integrar estos principios éticos dentro del proceso educativo, se prepara a los niños no solo para

enfrentar desafíos académicos sino también para convertirse en ciudadanos empáticos y comprometidos con su comunidad. Ahora bien, integrar la enseñanza de valores en el currículo escolar, como señala Seibold (2000), representa una estrategia educativa que no solo enriquece el contenido académico, sino que también hace que el aprendizaje sea más atractivo y significativo para los estudiantes. Esta conexión entre valores y contenidos académicos permite a los niños y niñas ver la relevancia de lo que están aprendiendo en su vida cotidiana, lo que a su vez puede motivarlos a participar de manera más activa y comprometida en su proceso educativo.

Por tal motivo, cuando los valores se vinculan directamente con las materias académicas, los estudiantes pueden entender cómo estos principios éticos se aplican en contextos reales. Por ejemplo, al abordar temas de historia o ciencias sociales, se pueden explorar conceptos como la justicia social o la responsabilidad cívica. Esto no solo ayuda a los estudiantes a comprender mejor el contenido, sino que también les permite reflexionar sobre su papel como ciudadanos dentro de una sociedad diversa y compleja. Además, esta integración fomenta un aprendizaje más holístico. Los estudiantes no solo adquieren conocimientos teóricos, sino que también desarrollan habilidades prácticas relacionadas con la colaboración, la empatía y la resolución de conflictos. Al trabajar en proyectos grupales donde se enfatizan valores como el respeto y la solidaridad, los niños aprenden a interactuar positivamente con sus compañeros, lo que contribuye al desarrollo continuo de sus habilidades sociales.

Por tal motivo, la motivación es un factor clave en el aprendizaje efectivo. Cuando los estudiantes ven que los valores son relevantes para su vida diaria y están integrados en lo que estudian, es más probable que se sientan inspirados a participar activamente en clase. Este tipo de participación protagónica no solo mejora su comprensión del material académico, sino que también les brinda oportunidades para practicar habilidades sociales esenciales en un entorno seguro y estructurado. Por otro lado, al fomentar un ambiente donde se valoran principios éticos como la honestidad y la responsabilidad, se crea una cultura escolar positiva. Los estudiantes tienden a sentirse más conectados con sus compañeros y docentes cuando comparten valores comunes. Esta cohesión social es fundamental para el desarrollo emocional de los niños y niñas, ya que les proporciona un sentido de pertenencia y apoyo mutuo.

Ante ello, la enseñanza de valores también puede ser particularmente efectiva al abordar temas difíciles o controvertidos. Por ejemplo, al discutir cuestiones relacionadas con la diversidad cultural o la equidad de género dentro del currículo académico, los educadores pueden utilizar estos momentos para enseñar sobre el respeto y la inclusión. Esto no solo ayuda a sensibilizar a los estudiantes sobre estas problemáticas sociales, sino que también les enseña cómo actuar con integridad y compasión ante situaciones desafiantes. Además, integrar valores en el currículo escolar permite a los educadores evaluar no solo el rendimiento académico de sus alumnos, sino también su desarrollo social y emocional. Las actividades basadas en valores pueden incluir reflexiones

escritas o discusiones grupales donde los estudiantes analicen cómo han aplicado ciertos principios éticos en su vida diaria.

De este modo, es importante mencionar que esta integración debe ser intencional y bien planificada por parte del equipo docente. No basta con mencionar valores; es necesario diseñar actividades específicas que permitan a los estudiantes experimentar estos principios en acción. La formación continua para educadores es esencial para asegurar que puedan implementar efectivamente esta pedagogía basada en valores dentro del aula. Finalmente, al considerar todos estos aspectos, queda claro que integrar la enseñanza de valores en el currículo escolar tiene un impacto profundo tanto en el aprendizaje académico como en el desarrollo de habilidades sociales. Como indica Seibold (2000), este enfoque no solo hace que el aprendizaje sea más atractivo y significativo para los niños y niñas, sino que también les proporciona las herramientas necesarias para convertirse en individuos empáticos y responsables dentro de su comunidad.

A manera de conclusión, vale la pena destacar la cita de Ortega, Mínguez, Romero y Jordán (2014): "...hoy es necesaria una pedagogía que se base más en la importancia del otro, que comience por el otro, en su existencia histórica; que se pregunte por el otro..." (p. 78), resalta la necesidad de una pedagogía centrada en el "otro", lo que implica un enfoque educativo que valore la existencia y la experiencia del otro como punto de partida para el aprendizaje. Este enfoque es fundamental en la educación en

valores, especialmente en la etapa de Educación Primaria, donde los niños y niñas comienzan a desarrollar su comprensión del mundo social y emocional que les rodea.

Donde la educación en valores no solo se trata de transmitir normas de conducta, sino también de cultivar actitudes que fomenten una convivencia armónica y respetuosa. Al enseñar conceptos abstractos como amor, paz y tolerancia, se está formando no solo el intelecto de los estudiantes, sino también su carácter y su capacidad para relacionarse con los demás. Esto es esencial para crear un ambiente escolar positivo donde todos los alumnos se sientan valorados y respetados. El concepto de "paz" es otro valor crucial que debe ser cultivado desde temprana edad. Enseñar a los niños sobre la resolución pacífica de conflictos les proporciona herramientas para manejar desacuerdos sin recurrir a la violencia o al enfrentamiento. La educación en paz implica desarrollar habilidades como la negociación, el diálogo y la mediación, que son esenciales para una convivencia saludable tanto dentro como fuera del aula.

Por otra parte, la "tolerancia" es igualmente importante, ya que permite a los niños aprender a aceptar y respetar las diferencias culturales, religiosas y personales. En un mundo cada vez más globalizado, donde las interacciones entre diversas culturas son comunes, fomentar la tolerancia desde una edad temprana prepara a los estudiantes para ser ciudadanos responsables y empáticos. Así mismo, el respeto mutuo es un pilar fundamental en cualquier relación interpersonal. Enseñar a los niños a respetar tanto sus propios derechos como los de los demás crea una base sólida para interacciones

saludables. Este respeto se traduce en comportamientos concretos, como escuchar activamente a otros, valorar sus opiniones y reconocer su dignidad.

Por otra parte, los derechos humanos son otro aspecto esencial que debe ser abordado en la educación primaria. Introducir a los niños en el conocimiento de sus derechos les empodera para defenderse y defender a otros. Además, comprender estos derechos fomenta un sentido de justicia social que puede motivarles a actuar frente a situaciones injustas. Finalmente, valores como "paciencia" y "perseverancia" son esenciales para enfrentar desafíos tanto académicos como personales. Fomentar estas actitudes ayuda a los estudiantes a desarrollar resiliencia ante las dificultades, enseñándoles que el esfuerzo constante puede llevar al éxito.

A partir de ello, se debe reconocer una pedagogía centrada en el otro es fundamental para transmitir valores esenciales durante la Educación Primaria. Al enfocarse en conceptos abstractos como amor, paz, tolerancia y respeto mutuo, se está formando no solo individuos competentes académicamente sino también ciudadanos responsables capaces de contribuir positivamente a su comunidad. La educación en valores debe ser un proceso continuo e integral que prepare a los niños para enfrentar un mundo diverso e interconectado con empatía y respeto por los demás.

REFERENCIAS

- Abdala, C. (2007). Currículo y enseñanza. Editorial Brujas.
- Bernal, J. T. (2019). Propuesta de juegos educativos en el desarrollo habilidades sociales en niños y niñas de cuatro años de la Cuna jardín “José Antonio Encinas” Tumbes 2016.
- Chacón, N. (2000). Humanismo y valores en la formación del profesional de la educación. El componente humanista y la formación de maestros cubanos Ciencia y Sociedad, vol. XXV, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 490-533 Instituto Tecnológico de Santo Domingo
- Delors, J. (1998): “Los cuatro pilares de la educación” en La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO.
- Díaz, I. (2013). La Práctica Docente una Experiencia de Transformación Humanista. [Tesis doctoral, Universidad Santo Tomás]. Obtenido de <https://repository.usta.edu.co/bitstream/handle/11634/12046/dueñasiliana2018.pdf?sequence=1>
- García, M. (2020). Propuesta de programa de estrategias metodológicas “Desarrollando Habilidades sociales para mejorar los aprendizajes” en alumnos del I y II ciclo de la Carrera Profesional de Educación Primaria de la Universidad Privada Cesar Vallejo de Chiclayo 2017.
- Juárez, J. F. (2014). Educar es la respuesta ¿Qué es, para qué y cómo educar en valores ciudadanos? Universidad Católica Andrés Bello. Revista Educab, (4), 141–146. Caracas. [Documento en línea]. Disponible en: <https://revistasenlinea.saber.ucab.edu.ve/index.php/educab/article/view/1591>
- Juárez, J. (2015). La educación y el cultivo de los valores en la sociedad. En Actualizada de los valores en Venezuela. (pp. 119-143). Caracas, Venezuela: Cuadernos Funtrapet.
- Lickona, T. (1991). Educating for character: How our schools can teach respect and responsibility. Bantam Books.
- Palacios, Preckler, Petersen, Cernuzzi y Elías (2021). Estructura de formación humanista. Espacio de desarrollo educativo.

Paulo, Soledad, Vuyk, Galeano y Vázquez (2021). Participación comunitaria en la construcción del plan de retorno seguro a las escuelas: Experiencia del plan piloto 2020-2021. Fundación Alda. Asunción de Paraguay.

Pereira, F. y Misle O. (2009). Violencia en los pupitres. ¿Qué es? ¿Cómo nos afecta? ¿Qué hacer? Caracas, Venezuela: Los Nardos Editores C.A.

Seibold, J. R. (2000). La calidad integral en educación: Reflexiones sobre un nuevo concepto de calidad educativa que integre valores y equidad educativa. Revista Iberoamericana de educación.